

# EL DIPUTADO

La mejor novela sobre la erótica y la resaca del poder.

SERGIO GÓMEZ-ALBA



ALMUZARA

SERGIO GÓMEZ-ALBA

*El diputado*



ALMUZARA

© Sergio Gómez-Alba, 2024  
© Editorial Almuzara S.L., 2024

Primera edición: febrero de 2024

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

EDITORIAL ALMUZARA • COLECCIÓN NOVELA  
Director editorial: Antonio Cuesta  
Edición de Humberto Pérez-Tomé  
Corrección y maquetación de HELENA MONTANÉ

[www.editorialalmuzara.com](http://www.editorialalmuzara.com)  
[pedidos@almuzaralibros.com](mailto:pedidos@almuzaralibros.com) - [info@almuzaralibros.com](mailto:info@almuzaralibros.com)

Imprime: Romanyà Valls  
ISBN: 978-84-10521-07-0  
Depósito Legal: CO-54-2024  
Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

*A Rosa, mi mujer,  
que estoicamente ha soportado convivir  
con alguien que está escribiendo un libro.*

# Índice

<i>Nota del autor</i> .....	11
LIBRO PRIMERO. Elegimos estar ahí .....	13
LIBRO SEGUNDO. Hicimos lo correcto .....	131
LIBRO TERCERO. Tocaba trabajar .....	199
LIBRO CUARTO. Salvo algunas cosas.....	239
<i>Agradecimientos</i> .....	291

## NOTA DEL AUTOR

*El diputado* es una novela basada en hechos reales. Podría decir que es una *roman-vérite*, un género que Truman Capote denominó «relato de no ficción». En él se mezclan la narración y una alternativa a lo ya ocurrido, siempre pegada a la realidad, para permitir eso que se ha llamado ucronía, es decir, una suposición de lo que hubiera sucedido si en lugar de pasar una cosa hubiese acontecido otra diferente pero posible.

Todos los personajes, excepto los citados por su nombre, son imaginarios, y el relato tiene de autobiográfico el hecho de describir todo lo que la vida me ha permitido conocer aquí y allá.

Una novela cuyo tema hegemónico es la política y las gentes que a ella se dedican, los políticos. Kissinger dice que los políticos comunes esperan a gestionar las crisis después de que estas hayan tenido lugar; además, quieren tener más información sobre los hechos, pero entonces, a veces, resulta tarde, ya ha pasado el instante decisivo en el que una buena decisión lo cambia todo. El líder no desperdiciará ese momento y, con audacia, asumirá el riesgo.

LIBRO PRIMERO  
ELEGIMOS ESTAR AHÍ

# 1

«Por delicadeza perdí mi vida». Leí esta inscripción, hace ya mucho tiempo, en la lápida funeraria de una iglesia romana. Nunca pensé que esta infausta frase vendría a mi memoria con ocasión de uno de los peores momentos vitales por los que años más tarde tuve que pasar.

Pero ahora estaba intentando encontrar aparcamiento cerca del piso de alquiler que quería visitar. Noelia, una funcionaria del ayuntamiento del que yo era alcalde, me acompañaba. Como llovía intensamente, le pedí que me esperase en el coche, yo ya conocía el piso y sería una visita rápida antes de acercarla a su casa.

—Pablo, si no te importa, me gustaría acompañarte. Siempre me ha gustado ver pisos —me respondió.

—De aquí al portal te pondrás chorreando, pero como quieras.

Esos días, el partido anunció su deseo de ponerme en las listas para el Congreso de los Diputados; lo compaginaría con mis funciones en la alcaldía, por lo que necesitaba un piso en Madrid para varios días a la semana. Aún no lo había comunicado en el ayuntamiento y quería esperar un poco, por lo que dije a Noelia que era para un despacho que estaba pensando abrir.

En esta segunda visita, el piso no me acabó de convencer. Era lujoso y bonito, con un solo dormitorio, un baño algo anticuado y



un amplio salón, pero oscuro, con moqueta, algo que odio, y bastante caro. En ese momento deseché la idea de alquilarlo.

De todas maneras, el barrio de Chamberí me gustaba mucho, de modo que decidí ver algo más por la zona. Tuve suerte y días después encontré un pisazo en el barrio. Era una de esas casas de antes de la guerra, con portero veinticuatro horas los siete días a la semana, techos altos con molduras decó, parque de Pino Melis, pocos muebles, pero los necesarios, un gran salón... Carísimo y fuera de mi presupuesto.

Al día siguiente, llamé a Álvaro desde la alcaldía. Era un gran amigo y ahora también sería diputado. Íbamos en la misma lista por Madrid y en el partido le acababan de nombrar secretario de Formación, Estudios y Programas.

—Oye, ¿no decías que lo peor iban a ser los atascos a la entrada de Madrid?

\*\*\*

Álvaro vivía en una de las mejores urbanizaciones cercanas a la capital. Tenía su oficina en un edificio a diez minutos a pie desde su casa. Era socio de la empresa de capital riesgo donde trabajaba —«ni capital ni riesgo, je, je...», afirmaba siempre que hablábamos de su trabajo—. Le iba muy bien; «por el momento», matizaba él. En ocasiones, cuando estábamos solos, se sinceraba y me decía que estaba harto de todo eso, que se aburría. Había trabajado años atrás, cuando era más joven, en un banco industrial. Cuando era director regional dejó el puesto —me dijo que lo odiaba— y se marchó a Londres. Conocía muy bien esa ciudad, pues había estudiado en la London School of Economics.

Antes se licenció en Ciencias Políticas y Sociología en la Universidad Complutense de Madrid. A pesar de la oposición de su padre, eso era realmente lo que le gustaba desde jovencito. Cuando le dijo a su progenitor que quería estudiar Políticas, lo primero que este hizo fue troncharse de risa y luego le preguntó que si era idiota.

Estaban almorzando.

—Anda, prueba este vino, que está estupendo. Qué gran año este del setenta... Tú en octubre te vas a Bilbao, a Deusto, y se acabó la conversación, ¿me oyes?

Su padre ejercía sobre él una autoridad indiscutible y hasta pasados muchos años a él ni se le pasaba por la cabeza llevarle la contraria. Cuando a última hora de la tarde venía del club, con algunas copas y una mala racha en el póker, discutirle algo era terminar en una violenta escena en la que no faltaban descalificaciones y desprecios. Cuando la madre de Álvaro intentaba calmar a su marido, este le decía:

—Tú calla, que a ti nadie te ha dado vela en este entierro, y a este gilipollas le estás estropeando con tus mimos. Y no me hagas hablar, ¿eh? Que si me pongo a hablar de ti, te voy a decir muchas cosas, ¿vale?

Un día, en una cena en casa de unos amigos, Álvaro coincidió con José María Aznar, entonces presidente del Gobierno. Acababa de recibir una oferta importantísima de su empresa que le suponía tener que residir en Londres. El anfitrión de la cena le preguntó cuándo se marchaba a Inglaterra.

—Les he dicho que no. No quiero vivir en Londres, ya he vivido allí mucho tiempo y no me gusta. Deseo vivir en España —se detuvo un momento y después siguió subiendo algo el tono—, todo lo que me gusta, lo que quiero, está aquí; aquí puedo optar por lo mío. Perdonad la pedantería, pero quiero luchar por mí mismo, defenderme de tantas cosas que nos hacen tragar y me repugnan. Comprendo —continuó— que quien no tenga más remedio se marche a donde sea, pero no es mi caso. Mi familia se gastó una fortuna en mi formación y yo ahora no voy a invertirla por ahí fuera. Aquí hay mucho que hacer y hay que hacerlo, porque, aunque aquí esté todo lo que yo quiero, también está todo lo que no quiero, y nuestra obligación es intentar cambiarlo. Muchas veces pienso que ya lo estoy haciendo. Las empresas de capital riesgo a veces no tienen buena prensa, pero, no creáis, realmente somos dinamizadores de la economía. Actuamos

sobre la estructura de una empresa, su evolución, el desarrollo del negocio... Podemos invertir una tendencia negativa y transformarla en algo generador de empleo y riqueza. Yo cogí hace cinco años una empresa familiar abocada al cierre y hoy es una pequeña y pujante multinacional. Pero..., si os soy sincero, me aburre un poco. No sé si esto es lo mío...

—Pues, ¿qué es lo tuyo? —preguntó la dueña de la casa, sonriéndole con afecto.

—Déjalo, Ángela, ya he hablado mucho.

—No, claro que no. ¿Qué es lo tuyo? —volvió a preguntar.

—Es que, no sé... Me da un poco de vergüenza, os reiréis de mí, quizá sea algo infantil...

—¿Qué es lo tuyo? —le preguntó José María Aznar.

—Pues buscar la verdad, luchar por ella.

—¿No será eso una utopía? —le preguntó alguien.

—No, las utopías son cosas de la izquierda, y mira cómo acaban todas. Terminan elaborando un relato para justificar la tiranía.

—Entonces..., ¿quieres dedicarte a la política?

—Me gustaría, pero lo descarto. No quiero caer bajo la bota de un partido.

—¡Hombre, Álvaro! —terció Aznar.

—Disculpa, presidente, pero es lo que pienso.

—Pues en todo caso, tienes que seguir escribiendo. Yo no había leído nada tuyo —dijo mi anfitrión—, pero el artículo que publicaste el otro día era magnífico. Muy duro lo que decías, pero a la vez suave y respetuoso.

—Lo voy a hacer. Me han ofrecido una colaboración semanal.

\*\*\*

—Álvaro, decías que te daban miedo los atascos en la entrada de Madrid si tenías que venir todos los días —afirmé—, que necesitarías algo más cerca de la calle Génova.

—¿Y qué, Pablo?

—Que he encontrado un piso por la zona que es la bomba y podríamos compartirlo.

—¿Cuánto piden?

—Un huevo, pero tú eres rico, hombre.

—Yo qué coño voy a ser rico, yo me gano bien la vida o, mejor dicho, me la ganaba bien antes —contestó molesto.

—¡Estás forrado, majo!

—Bueno, anda, ¿cuántos dormitorios tiene?

—Tres, uno muy grande, y dos baños.

—Me pido el grande.

—Vale. Me ha dicho Julen que contemos con él si nos lo quedamos. Oye..., pon tú los dos meses de fianza, que yo ando este mes un poco corto. ¿Sabes? Julen tiene que cambiar continuamente de hotel; esto es ideal para él porque la casa tiene entrada por una calle y por el garaje se sale a otra.

—Pues a nosotros también nos va a venir bien la cosa. Bueno, tengo que dejarte ahora...

Con la decisión de quedarme con el piso, me apresuré en llamar a la agencia no fuera a ser que nos lo quitasen.

Dejé para luego telefonar a Julen, ya que el nuevo secretario municipal estaba esperándome para presentarse. Acababa de ser destinado al ayuntamiento y ese puesto resultaba esencial para mí. Enseguida me cayó bien, tenía cara de listo y de buena persona. Tras una larga charla, empatizamos bastante. Venía para sustituir a un chulo sabihondo que apestaba a colonia cara y que se pasaba el día dándome sutiles lecciones.

A última hora de la tarde volví al piso con el agente inmobiliario. Me comentó que la propietaria podía dejarnos un sofá más que tenía en el trastero y que era muy cómodo. Acepté, le di las gracias y le remití a Álvaro para la fianza y para poner a su nombre el contrato de alquiler.

Cuando por la noche llegué a casa, abrí una botella de vino. Margarita, mi mujer, había dejado hecha una tortilla de patatas. También había sacado de la nevera un poco de queso del que a mí me gustaba. Una vez al mes salía con sus amigas a cenar, y ese

día dejaba a los niños con los abuelos. Se portaba bien conmigo y tenía paciencia; siempre pensaba la mucha suerte que había tenido con ella.

El piso que habíamos alquilado yo no lo utilizaría regularmente, como mucho tres días a la semana y solo durante los periodos de sesiones parlamentarias. Álvaro se quedaría a vivir en él, dado que tendría que ir al partido todos los días. Era correcto que el contrato fuera a su nombre. Él tendría que compaginar su tarea de diputado con la dedicación a su vicesecretaría, que requería una enorme atención. Algún sábado o fin de semana había que dar charlas o un pequeño cursillo a militantes de diferentes provincias u organizar seminarios para los jóvenes del partido o cargos electos, incluso en vacaciones. Se ve que le dijeron que, a lo mejor, recibiría un complemento de sueldo por su alta dedicación, pero no concretaron y no le volvieron a decir nada. Parece ser que algún alto cargo lo recibía por ese concepto.

Cogí el teléfono para llamar a Julen.

—¿Puedes hablar ahora? ¿Ya encontraste apartamento?... Pues ya lo tienes. Te va a encantar... Álvaro ya ha firmado el contrato. Tiene tres dormitorios. Te vienes a vivir con nosotros y compartimos alquiler...

—Por mí estupendo. Habrá que organizarse y poner unas normas...

—¿Qué normas?

—Pues algunas.

—¿Como cuáles?

—Habrá que buscar una señora de limpieza, no guisotear, no traer tías..., yo qué sé. Del vino me ocupo yo, je, je —hizo una pausa. Se sintió feliz al pensar en los buenos amigos que tenía—. Oye, gracias por pensar en mí.

Tanto Álvaro como yo teníamos un gran cariño a Julen. Valorábamos por encima de todo su compromiso político. Había sido diputado la anterior legislatura, y serlo por Bilbao no era nada fácil. En ocasiones me había llamado para que le ayudase en las elecciones autonómicas supervisando las mesas, las cabinas

electorales, etc. Como yo no podía ser apoderado al no estar empadronado en el País Vasco, intentábamos con la presencia de muchos de nosotros venidos de otras provincias que nuestra gente sintiera apoyo.

Recuerdo que en unas elecciones me pidieron que fuese a Guipúzcoa. Julen quería que acompañase a Arantza Quiroga, diputada del parlamento vasco —luego lo presidió—, para que no fuese sola a un pueblo de marcado tinte abertzale.

Ella venía de Irún. Me recogió en San Sebastián y fuimos juntos. Nos dirigimos a un importante colegio electoral con muchas mesas, había sido un antiguo palacio señorial. En la puerta había un coche de la Ertzaintza. Cuando llegamos se iban a marchar, pero les pedí a los agentes que, por favor, esperasen hasta nuestra salida. Conocían la cara de Arantza y quién era, aunque no la saludaron con la cortesía debida a una diputada.

—¿Van a tardar mucho rato? —nos preguntó el que parecía al mando.

Le respondimos que el que necesitásemos.

—Nos quedaremos, pues.

Subimos por una enorme escalera y al final había muchas salas y habitaciones. En ellas se situaban las mesas electorales y las cabinas para votar. Arantza fue por un lado y yo por otro. Entré en una cabina y no había papeletas del PP; fui a otras y tampoco. Me asomé al pasillo para ver a Arantza y me dijo:

—Aquí no hay papeletas nuestras.

—Ni aquí tampoco.

Un paisano corpulento que no nos había perdido de vista desde que entramos se levantó de una mesa y se dirigió a mí con mal tono:

—¿Qué pasa, pues?

—Pasa que aquí no hay papeletas de algún partido.

—Las habrá robado alguien, ¿eh?

—Yo solo digo que aquí no hay papeletas del PP.

—¿Y qué dices, pues?, ¿que las hemos robado nosotros?

De las salas contiguas empezó a salir gente: tres, cinco, ocho tíos...

—¿Qué pasa aquí? —dijo uno.

—Pues que el chulo madrileño este y esa zorra dicen que hemos robado las papeletas tuyas para dar el pucherazo.

Como vi el ambiente que se estaba generando, fui a buscar a Arantza y le dije:

—Ven conmigo, vámonos —ella se resistió un poco—. ¡Arantza, vámonos! ¡Y no abras la boca, por favor!

Echamos a andar escaleras abajo y unos dos o tres de los que se habían levantado de las mesas fueron detrás de nosotros. Mientras bajábamos las escaleras comenzaron a escupirnos, nos empujaban y nos daban patadas en el culo. Nos llamaban maketos de mierda, fascistas, torturadores hijos de puta... Uno bajó tres escalones de un salto con la intención de agarrar del pelo a Arantza, pero ella le desvió la mano y el tío perdió el equilibrio y, para no rodar escalera abajo, se agarró a la barandilla. A trompicones, salimos a la calle. Nos acercamos al coche de la Ertzaintza y todavía otro seguía gritándonos cosas. El agente preguntó qué ocurría y el energúmeno que venía detrás de nosotros le respondió:

—Que este marikoi y esa, que es un bicho peor que el chulo este, han venido a provocar.

Un agente se dirigió a nosotros:

—A ver, identifíquense ustedes —con un leve gesto, Arantza me dio a entender que no lo hiciera.

—Me he olvidado la documentación en el hotel y esta señora también; además, es de sobra conocida por ustedes.

Se acercaron dos agentes más y dijeron al que quería identificarnos:

—Anda, déjales. Esta señora es diputada del Eusko Legibiltzarra. Después, el que parecía el jefe nos preguntó:

—¿Qué van a hacer ustedes ahora?

—Pues pensábamos ir al barrio de la Estación, allí hay varios colegios...

—No se lo recomiendo, a estas horas ya están avisados y les estarán esperando. No podemos garantizar su seguridad.

Desistimos de la visita y fuimos a buscar un sitio donde comer. Entramos en un par de restaurantes con buena pinta en los que había mesas vacías, y en ambos nos dijeron que estaban reservadas. Entonces, cogimos el coche y nos dirigimos al santuario de Aránzazu, relativamente cerca.

Finalmente, comimos en la hospedería y volvimos a San Sebastián con una tristeza que agudizó la caída de la tarde.



## 2

Llevábamos varios meses instalados en el piso que compartía con Pablo y Julen. Los tres solíamos coincidir en él después de la cena, que a veces hacíamos juntos, otras cada uno por su lado, según los compromisos de cada cual. Si por las noches tomábamos algo en casa, nuestras sobremesas eran interminables, charlábamos y charlábamos, mientras fumábamos unos puros que alguno siempre traía y tomábamos una copa.

Era el momento perfecto. La jornada había acabado, al día siguiente volverían nuestras tareas y problemas, pero en ese instante todo estaba aparcado y hablábamos de todo y con total libertad. En ocasiones eso se convertía en una terapia de grupo, un debate político, una reflexión sobre algo o un confesionario.

Pablo y yo, un día al salir del pleno, nos juntamos con otros diputados andaluces. Gente divertida y profunda cuando hacía falta. Gatos viejos y sabios en política, grandes conocedores del partido y sus gentes.

Fuimos a cenar a un sitio detrás del Palace, con buena comida, precios razonables y donde nos dejaban estar hasta que nos diera la gana, fumando y charlando junto a un cubo de hielo y una botella de whisky que el dueño dejaba sobre la mesa. Yo no tomaba postre porque estaba deseando que llegase el momento de encender mi habano.

Como eran gente culta, de pronto te explicaban algo que resultaba interesante o poco conocido. El diputado de Córdoba había estado ese fin de semana en un acto del partido en Carmona y, por algo que le pregunté sobre la ciudad, nos contó que la puerta que llaman de Sevilla la edificaron los cartagineses.

—¿Los cartagineses? —pregunté yo.

—Los cartagineses. Luego los romanos la ampliaron tal como está hoy. Luego los almohades añadieron muros, barbacanas y un aljibe. Luego los cristianos la utilizaron como cárcel...

Un diputado de Jaén le interrumpió:

—Ahí metía yo a uno que yo me sé... —y empezó a contar las putadas que la dirección regional le había hecho y le pensaba hacer.

—¿Pero eso lo sabes tú o te lo imaginas? —replicó el de Córdoba.

—Eso no lo ha hecho, pero piensa hacérmelo. Ese tío es como los miuras, que le noto las intenciones *na* más verlo. Y, además, ¡joder!, si es que yo le leo los pensamientos, que aquí nos conocemos todos.

Acabada la cena, Pablo y yo nos fuimos andando a casa. Solíamos hacerlo para estirar las piernas, aunque cada día regresábamos por un camino distinto siguiendo las indicaciones que el partido nos había dado para nuestra protección.

El aire frío y seco de Madrid reconfortaba y, a pesar de la contaminación atmosférica y de las luces eléctricas, era posible ver algunas estrellas.

Cuando entramos en el salón de casa, Julen estaba trabajando una pregunta oral que tenía que formular al ministro al día siguiente. Las preguntas que dirigíamos a los ministros de nuestro Gobierno en el pleno, aparte de la información concreta, buscaban generar la ocasión para que este se luciese y pusiera en valor su gestión.

Julen había ido a cenar con una periodista y acabaron pronto. Ahora que había terminado lo que estaba haciendo, quería charleta y acabamos hablando de los asesores del grupo parlamentario. Teníamos uno para cada comisión, pero en ocasiones estaban desbordados. Julen dijo que él no se atrevía a apretar más al de

Industria porque iba de trabajo hasta las cejas, pero él estaba preocupado porque próximamente tenía que intervenir en el pleno y necesitaba un montón de fichas y datos.

—Mira, Julen —le dije—, no seas tan delicado, los asesores están para eso.

A la mañana siguiente decidí ir andando Castellana abajo hacia Colón. Pasé antes por mi oficina bancaria para ver si me había llegado la transferencia trimestral que mi administrador realizaba. La verdad es que tenía un dinerito en la cuenta.

Un año después de convertirme en diputado, murió mi abuelo, que me nombró heredero universal. Había desheredado a mi padre, que cobró la legítima. Mi madre, ya separada de él, tenía sus propios ingresos por lo que, por ese lado, estaba tranquilo.

Yo evitaba llevar una vida ostentosa y procuraba no destacar en ese aspecto. Cuando me inicié en política, dejé en un rincón del armario mis trajes hechos en Londres. Los cambié por una americana y un pantalón gris. A lo que no renuncié fue a mis corbatas. Inglesas, españolas, italianas... , eran mi debilidad.

Pasé el resto del día trabajando en mi despacho y luego, a última hora, llamé a Pippa, mi novia. Era preciosa. Mis amigos la llamaban «la chinita». Nos conocimos en Londres, había nacido en Hong Kong de padre inglés y madre china. Cuando la destinaron a Madrid me llamó y ahora salíamos.

A veces, cuando quedábamos para ir a cenar o bailar con sus amigos me pedía que me pusiera mi americana verde. Ella había comprado una tela tweed verde botella, la había llevado a mi sastre de Londres, que tenía mis medidas, y me la trajo de regalo en uno de sus viajes. Decía que el verde nos quedaba fantástico a los pelirrojos y especialmente a mí, con mi media barba, entre roja y rubia.

Cuando sus amigas le decían al oído, pero lo suficientemente alto como para que yo lo escuchase, lo atractivo que yo les parecía, ella les respondía entre risas: «Pues lo mejor no lo veis». A mí me daba bastante vergüenza oírlas y le pisaba el pie por debajo de la mesa mientras ellas se reían.

Tomé rápidamente un cruasán en Capellanes y me dirigí a mi

despacho de la calle Génova para acabar unas cosas. Después me fui a pie al Congreso. Abrí los ojos a esa luz especial que la ciudad tiene en invierno, me inundaba la felicidad.

Todavía no me lo creía. Tenía el trabajo que más podría gustarme en el mundo y todo lo demás que la vida me había dado. Quizá, por primera vez, era plenamente feliz y ahora no iba a permitir que ciertos recuerdos de tantos años atrás machacasen mi presente.

El viernes por la tarde, Margarita, la mujer de Pablo, pasó por la alcaldía a recogerle. Sus tres hijos varones estaban en el asiento de atrás del coche. Fueron a casa de los abuelos y dejaron a los niños, y ellos se dirigieron al club para su clase de pádel. Los fines de semana jugaban un campeonato de parejas mixto y desde que tomaban las clases habían mejorado muchísimo.

Al terminar, en el restaurante del club pidieron unos emparedados de rosbif con salsa de rábanos. El sándwich estaba muy rico, a Margarita le resbaló un poco de salsa por la comisura de los labios y ella sacó la punta de la lengua relamiéndose levemente. Pablo pensó lo femenina que era y que con esa coleta con la que se había recogido el pelo estaba monísima.

Ella era estupenda, llegaba a todo. Trabajaba en la gestoría de su padre, se ocupaba de la casa, los niños, hacía los deberes con ellos, los llevaba a las actividades extraescolares, al pediatra, al dentista y antes de la cena le servía una copa de vino tinto con unos dados del queso que, aunque era *light*, a él le gustaba. Pretendía que Pablo matase un poco el hambre para que no llevase demasiado apetito a la mesa.

Los fines de semana eran los momentos que podían hacer vida de familia normal. Él estaba en casa el lunes, pero prácticamente no le veía el pelo hasta el viernes a media tarde. Una vez que acostaban a los niños, esa era una noche para ellos. Descubrían algún nuevo restaurante en los alrededores o, si se quedaban en casa, ella ponía una mesa con la cristalería y los cubiertos buenos, encendía unas velas y le sorprendía con alguna cosa rica pero ligera. Marga

le pedía que le explicase esto o lo otro de la vida política, algo que había visto en la tele, y ella le contaba cosas de los niños.

Muchos viernes él se encontraba extremadamente cansado —no había parado de hablar, hacer, escribir, discutir, decidir— y cuando le preguntaba por algo que había salido en la prensa o la tele, él le respondía: «Mañana, Marga, mañana». Permanecían en silencio mientras él dormitaba. Ella no se lo tomaba a mal. Le admiraba, valoraba su bonhomía, su lealtad conyugal, lo simpático que era con todo el mundo. Cuando salía a la calle, él se paraba a hablar con la gente, hacía bromas y risas, daba palmadas en la espalda. Todo de manera genuina, porque él era así, ya era así de jovencito cuando le conoció. No era extraño que le votasen elección tras elección.

Al día siguiente, Pablo se levantaba como nuevo. En el desayuno no paraba de hablar y, a partir de ese momento, hasta el lunes, había lugar para todo lo importante de verdad.

Salí del apartamento de Pippa y me fui a casa. Al llegar, me preparé mi *dry martini* cotidiano, al que añadí una banderilla con dos aceitunas rellenas de anchoas. No era lo correcto, pero a mí me gustaba así.

Eché una mirada alrededor, a las dos o tres cosas que había traído de mi casa y que me complacían especialmente. Un jarroncito Gallé adquirido en París lo había situado en una pequeña mesa al lado del sofá y la lámpara Tiffany comprada en Nueva York, carísima, pues odiaba las imitaciones, la puse en un rincón al fondo de la sala. Por las tardes la dejaba encendida al salir y así nada más llegar podía ver su colorista y tenue luz, mágica y perfecta al entrar en casa. Cuando escuchaba música era la única luz encendida en la habitación.

Puse en el tocadiscos el *Vals n.º 2* de Shostakóvich. Me parecía increíble que el compositor hubiera podido escribir esa pieza. La ponía de tarde en tarde, únicamente si me encontraba solo. Esa música, con su intensa capacidad evocadora, mezcla de melancolía y ensoñadora belleza, me llevaba en ocasiones al borde de

las lágrimas. Resultaba peligrosa para mí, pues siempre estaban al acecho mis emociones.

Escuché abrir la puerta de la calle y entró Julen gritando alegremente:

—¡Aupa! Pero ¿qué haces tú casi a oscuras? Quitá ese rollo. ¿Ya has cenado?

—No, pensaba tomar algo abajo.

—Ponme una copa y esperamos a Pablo, que ha dicho que vendrá a cenar con nosotros.

—¡Póntela tú, majo!

—Es que me voy a duchar y, además, ese pelotazo que tomas es tu especialidad.

La encimera de la cocina parecía la barra de un bar. Había de todo para preparar *martinis*, *negronis*, *bloody marys*, *gin-tonics*. No faltaba de nada: pimienta, sal de apio, angostura, salsa Perrins. La coctelería era mi afición.

Cuando era estudiante trabajaba en verano un mes como ayudante de barman en un lujoso hotel de Suiza. Me convertí en un experto y presumía de haber obtenido el carné del sindicato de hostelería. Con el dinero que ganaba me costeaba mi otro mes de vacaciones en Ibiza.

—Toma, Julen, como se han acabado las aceitunas te he preparado un *gibson*.

—¿Y eso qué es?

—Pues como el *dry martini*, pero en lugar de aceituna, dos cebollitas en vinagre. Parece mentira, pero le da un cambio total porque la cebollita impregna el sabor de la copa y está buenísimo.

—Oye, ¿te acuerdas del *pisco sour* que tu padre le preparaba al mío cuando íbamos a vuestra casa de Bilbao?

—¡Pues claro!

—Qué lástima que aquella empresa terminase así, porque iba como un tiro.

—Pero, al final, ¿qué es lo que pasó? No lo he sabido nunca...

—Pasó que mi padre se jugó al póker el dinero que tenía destinado para la amortización del crédito.

—Qué fuerte, tío. ¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Algo más de veinte años.

—A mí lo que más me gustaba era cuando mis padres se iban a San Sebastián y me dejaban con vosotros unos días en Bilbao durante la Semana Grande. Todavía me acuerdo del día del chupinazo de una de las fiestas, cuando en tu *txona* ligamos con un par de tías...

—No, yo no ligué, ligaste tú.

—Tampoco. Ella me ligó a mí. Me preguntó si era amigo tuyo y me dijo que tenía cara de mal chico; me cogió de la mano y me dijo: «Ven, que yo te voy a hacer bueno; vamos a dar una vuelta, que necesitas aire con tanto *kalimotxo*». Salimos y me llevó a tomar un bocadillo a un mostrador en la calle que los vendía a beneficio de los derechos de los presos. Tenía una pancarta que ponía «*Presoak Kalera*». Le dije que yo no comía nada allí y lo compró en otra barra. Después fuimos andando hasta un parque cercano y en una zona poco iluminada me estrené, o me estrenó, mejor dicho.

—Me acuerdo, ella era algo mayor que tú, me lo contaste. Volviste a la *txona* dando saltos de contento. Yo me moría de envidia, tío.

—Lo acojonante es que nos hayamos vuelto a encontrar después de tanto tiempo y sigamos tan amigos como entonces.

—Eso es muy difícil, pero ha pasado.

Oímos abrir la puerta y Pablo entró en casa. Se quitó la chaqueta y la corbata mientras se dirigía a su habitación diciendo:

—Yo no puedo salir porque tengo trabajo. Me voy a mi cuarto, he de preparar mi intervención del jueves.

—Venga, tío, quédate aquí, que pedimos un *japo* —dijo Julen.

—Pero mañana tienes tiempo de sobra... —insistí.

—Qué va, mañana por la mañana tengo que ir a la secretaría del Congreso, que me han pedido que, por favor, pase cuanto antes. Y por la tarde me visitan unos de la Federación Española de Municipios. Quieren que presente una declaración suya.

—¿Y por qué te han llamado con tanta urgencia? —preguntó Julen.

—Es que no lo sé. Necesitarán algún dato, ni idea de qué va.

—*Agur*.

—Ale..., hasta mañana.

—¿Qué estás leyendo? —me preguntó Julen cuando nos quedamos solos.

—*Pico de la Mirandola*, de Carlos Goñi.

—¿Interesante?

—Mucho. Mira... cada uno de nosotros, cada ser humano, es algo nuevo nunca visto. Todos somos iguales, pero, al ser libres, cada uno «nos construimos» en algo diferente a los otros. Esa libertad es la que nos hace seres humanos. El resto de los animales de la creación no pueden ser otra cosa que lo que son. El hombre puede ser lo que quiera. No es una libertad para obrar como tienen los animales, es una libertad para ser, y podemos ser lo que queramos ser.

Me tomé la última aceituna y apuré lo que quedaba de la copa.

—Uhm... Este dedito final algo salado es lo que más me gusta... —y proseguí hablando del libro—: Nos creamos a nosotros mismos conforme vamos eligiendo nuestro propio destino.

Julen se levantó del sillón en el que estaba sentado y empezó a pasear por la habitación.

—Me encanta, ya me lo dejarás cuando lo acabes.

—Eso casa con la clase de gente a la que yo califico como «víctimas de sí mismos». Son los que se guían por sus odios y fobias, por sus fabulaciones o deseos, sin atenerse a sus consecuencias. Se creen que controlan todo, no tienen paciencia para sus proyectos. Se engañan a sí mismos y se enfrentan a quien quiera abrirles los ojos. Son incapaces de rectificar por empeño. Luego acaban como acaban... y ¿a quién pueden echarle la culpa? A todos. A sus colegas, a su familia, a sus socios... Cualquiera es culpable menos ellos. Mira, el otro día escuchaba en la tele a Fernando Arrabal... Oye, siéntate que me pones nervioso con tanto paseo —pedí—. Arrabal se preguntaba si se adquiere más experiencia con el tiempo o se acumulan cada vez más errores.



—Se acumulan más errores —dijo Julen—, que son los que te aportan experiencia.

—De acuerdo, pero hay gente que, como no va a cambiar, acumula error tras error, y la conclusión que sacan siempre es que la culpa es de los otros.

—Esos pertenecen a la clase de gente que se niega a aceptar las consecuencias de sus actos.

—Pues la manera más radical de huir de las consecuencias de tus actos es el suicidio, y por eso se suicida mucha gente. Huyen de sí mismos.

—¿Oye, tío, no te importa seguir leyendo en tu cuarto? Tengo que llamar a la periodista del otro día, esa que estaba tan buena... Mañana te traigo el libro de Gortazar sobre Romanones, que ya lo he acabado.

—¿Qué te parece? —respondí camino de mi cuarto.

—Esencial para entender la Restauración y el siglo veinte. Para mí la introducción ha sido un fagonazo.

—Vale..., ya me voy. ¿Qué pasa, que le vas a decir cositas verdes?

—Pues, si me da pie, sí, tío.

—Venga, a por ella.

Cerré el libro señalando la página con un papelito y puse el despertador. Celebraba ver que este pequeño grupo de amigos, a su vez, lo éramos entre nosotros. Tan distintos, cada uno sabíamos ver lo mejor del otro.

Desde luego era muy importante para nosotros tener la seguridad de que las valoraciones emitidas sobre los demás, cómo veíamos la marcha del partido y las opiniones y manera de ver cualquier asunto jamás saldrían de esas paredes. El intercambio mutuo de las informaciones que cada uno poseíamos, indudablemente, era algo muy valioso.

Regresé a casa a última hora del día siguiente; al ver las caras nada más entrar, me di cuenta de que algo ocurría. Me quité la corbata mientras Julen le decía a Pablo:

—Anda, cuéntale a este el asunto...

Al ver que Pablo no decía nada, pregunté:

—¿Qué asunto?

—Pues nada, que ha llegado al Congreso la petición de un suplicatorio a mi nombre para que yo pueda ser investigado.

—¿Quéééé? —grité.

—Lo que oyes —respondió Julen.

—Parece ser que se ha presentado contra mí una querrela por acoso sexual por parte de una funcionaria del ayuntamiento. Una tal Noeli.

—¿Por acoso sexual? —repetí muy bajito—. Pero ¿quién es Noeli?

—Una colaboradora que tiene en el ayuntamiento —respondió Julen.

—Tranquilo, Pablo —dije—. Venga, cuéntame. Además, a ver, ¿cuándo ha puesto la querrela?

—Hace unos meses, creo —respondió confuso.

—¿Y tú y ella os habéis visto o estado juntos recientemente?

—Qué va, si hace tiempo que ya no está ni en mi planta. Por lo que sé, dice que hace un año tuve «un comportamiento inadecuado con intenciones lúbricas».

—¡Necesito una copa! Pero bueno, ¿qué pasó?

—Ella dice que la llevé a un piso y le dije: «Sube a ver qué te parece lo que te voy a enseñar». Y que cuando subió la miré raro y le pregunté que si estaba húmeda. Que fue al piso porque yo insistí mucho y se sintió coaccionada porque yo era su jefe. El fiscal ha visto indicios de delito y quiere investigarme, y para eso es preciso solicitar un suplicatorio.

—Jo, tío, no me lo puedo creer.

—Pues yo tampoco —respondió Pablo—. Pero esto es lo que hay. Cuando estaba en mi despacho del Congreso me han llamado del grupo para que me explique, y yo les he dicho que no ha pasado nada. Me han preguntado si me opongo al suplicatorio y les he dicho que no, que en absoluto. Por la tarde anulé la cita con los de la FEMP y fui a ver a Rato antes de que él me llamase.

Le interrumpí:

—Vale, pero ¿por qué pone una denuncia ahora de algo que pasó hace un año o más? Pero bueno, ¿qué pasó con Rodrigo?

—Pues le conté que hace meses Noelia y yo salimos juntos del ayuntamiento un día que llovía a cantaros. Le pregunté dónde vivía y, como me venía de camino, me ofrecí a llevarla en coche a casa. Me respondió que muchas gracias, que le hacía un favor. Dije que antes tenía que pasar a echar un vistazo a un piso, cosa de diez minutos, y luego la acompañaría a casa.

»Según ella indica en la denuncia, en el piso la miré de una manera rara en la que ella vio intenciones lúbricas y que le pregunté si estaba húmeda, y que ella me dijo que quería irse porque tenía prisa y yo le decía: "Espera un momento, mujer".

»El juez le hizo distintas preguntas sobre dónde estaba el piso, que por qué había ido allí, y ella respondió que se sintió obligada porque yo era su jefe.

»El magistrado dejó decaer la denuncia porque no vio objeto de delito —proseguí con mi relato y Rodrigo me escuchaba con atención—. Un par de meses después se volvió a abrir el sumario dado que la denunciante presentó una nueva prueba. Parece ser que, días después de lo del piso, Noelia se lo contó a una compañera de trabajo. «Estaba muy agitada y llorosa», dijo esta. La compañera accede a testificar eso y que también por esas fechas yo había estado indagando cómo se podía echar a un funcionario interino. Con esa declaración el juez vio pertinente dictar auto de procesamiento.

»—¿Eso es todo? —me preguntó Rodrigo.

»—Pues sí.

»—Pero esa no es tu versión, ¿no?

»—Claro que no.

»—En todo caso, se la tendrás que contar al juez. Pero primero, ¿tú te opones a que apoyemos la petición del suplicatorio?

»—Desde luego que no. Todo es mentira, pero quiero que los hechos se investiguen y os pido que accedáis a ello.

»—Esto facilitará mucho las cosas. Yo no veo mayor entidad en el asunto y estoy convencido de tu inocencia. Podríamos oponernos,

pero creo que es mejor no hacerlo. Me alegra tu postura. Ahora que... ya puedes prepararte para lo que se te viene encima con la prensa, en el ayuntamiento, tu familia, tus amigos...

»Cuando iba a salir del despacho, Rodrigo me dijo:

»—Oye, que sepas que el partido te va a apoyar y estará contigo. Tranquilo, y tú, a lo que el juez o el fiscal te digan. Ah, y tendrás que hablar con nuestro gabinete de prensa porque habrá que preparar una declaración para cuando esto salte.

»—Gracias, Rodrigo. Muchas gracias.

Todos permanecemos callados un rato. Julen dijo:

—Pues Rodrigo ha estado bien. Bueno, como hay que estar en este asunto y tratándose de ti.

—En todo caso, estas cosas van muy lentas —añadí—, pero ya sabes lo que te espera. Tendrás que ser muy fuerte y aguantar el chaparrón... Estoy seguro de que esto acaba sobreeséido porque no tiene fundamento, ¿vale? Y ahora os digo algo a los dos: ni una palabra de esto a nadie hasta que no salga a la luz, aunque creo que lo hará ya mismo. Y, sobre todo, Pablo, tendrás que preparar a Margarita para que no se entere por la prensa. Por favor, haz un esfuerzo para que no te vea mal, no te dejes hundir delante de ella, que te vea entero.

Al día siguiente en la prensa no apareció nada y él tampoco se lo contó a Margarita. Tenía que hacerlo en persona y, según le dijeron en el partido, hasta el martes no creían que lo del suplicatorio trascendiese.

Cuando, por la noche, Pablo volvía a su casa, no podía apartar el asunto de la cabeza. Y a lo largo del día, y así fue durante mucho tiempo, estuviese donde estuviese y con quien estuviese, no lograba pensar en otra cosa.

Un día, mientras conducía, iba diciendo:

—Esto es increíble, increíble; esto lo van a archivar, seguro, porque no tiene ni pies ni cabeza. Debe de estar loca, ¡loca! —gritó. Agarraba el volante con fuerza y rabia.

Cuando aparcó dio un fuerte puñetazo al salpicadero del coche. Dándose cuenta de su estado de excitación, repitió varias veces:

«Tranquilo, calma...». Estuvo un rato sentado al volante. Tomó aire despacio, contrayendo lentamente el estómago, y notó cómo el diafragma subía mientras aspiraba el aire por la nariz para, pocos segundos después, expulsarlo, desinflando lentamente los pulmones y empujando hacia abajo el diafragma. Repitió dos veces más el ejercicio que aprendió un día que acompañó a su mujer a la clase de yoga. Ya más tranquilo, entró en casa tras poner una cara alegre y forzar una sonrisa.

—Marga, abre una botella de vino, por favor, y pon un poco de ese queso.

Cenó una tortilla francesa rellena con un poquito de chorizo picado; ese sencillo plato le encantaba. Un rato después se fue a la cama.

—Dame un beso —dijo él—, me voy a dormir...

—Yo me quedo un rato, que tengo un montón de plancha.

Durmió algo inquieto; a las cinco se despertó dando vueltas al asunto, se quedó adormilado un rato, pero enseguida saltó de la cama. Se duchó y fue a la alcaldía. Le vino bien madrugar porque tenía muchos informes acumulados que leer y debía despachar con mucha gente.

Se citó para almorzar con su abogado, un viejo amigo, para discutir el caso. La conversación le dejó tranquilo.

Por la noche, se lo contó a su mujer.

## Agradecimientos

A Salvador Sanz Iglesia, por su asesoramiento jurídico sobre el desarrollo de la querrela de acoso sexual .

A Alejandro Larisch de Salamanca, por la ocasión que me permitió ver, en su casa de Marbella, el insólito episodio del perro y el águila que aquí se recoge.

A Javier Peon Torre, por sus aportaciones en lo referente a la situación del Partido Popular en el País Vasco de entonces y sus múltiples observaciones a lo largo y el conjunto de la obra.

A Ernestina Torelló y Luis de la Rosa, por invitarme a sus espléndidas fiestas donde el hijo de Fidel Castro me obsequiaba, año tras año, con los magníficos puros que fumaba su padre, tal como aquí se relata.

A Ricardo Benedí Royo, por permitirme utilizar la historia del escrache que sufrió en su domicilio mientras era entrevistado por la televisión en la terraza de un hotel de Getxo y todo el posterior acoso etarra que valientemente soportó mientras contribuía con su talento y prestigio a que el empresariado vasco se posicionase en contra del Plan Ibarretxe.

A Julio Padilla Caballada, por su asesoramiento en la metodología aplicada a posponer las elecciones generales en tiempo y forma dentro de la más absoluta legalidad constitucional.

A Jose Juan Trepas Marques, que me contó y autorizó a utilizar aquí la dolorosa historia del fallecimiento de su novia, envenenada tras la ingestión de alcohol metílico.

A Jorge Trías Sagnier, que me explicó muchas cosas del «caso Gurtel», algunas bastantes conocidas, reservándome otras que no creo necesario consignar.

A Alejo Vidal-Quadras Roca, por sus precisiones sobre el Parlament de Catalunya y sugerencias sobre la reforma electoral

A Jesus Baños Madrid, mi personal *trainer*, por su detallada descripción del «entreno exprés» al que ha intentado someterme, afortunadamente sin éxito.

A Arturo Moreno Garcerán por sus múltiples observaciones en torno a este libro.

Esta obra  
EL DIPUTADO  
se terminó de imprimir el día  
11 de marzo de 2024  
coincidiendo con el 20 aniversario  
del atentado de Atocha en Madrid